

Rabo de anti-nube

Diarios 2002-2009

Edición y prólogo de Carlos A. Aguilera

Lorenzo García Vega

ALMENARA



CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Waldo Pérez Cino
Adriana Churampi	Juan Carlos Quintero Herencia
Stephanie Decante	José Ramón Ruisánchez
Gabriel Giorgi	Julio Ramos
Gustavo Guerrero	Enrico Mario Santí
Francisco Morán	Nanne Timmer

- © Herederos de Lorenzo García Vega, 2018
© Almenara, 2018

www.almenarapress.com
info@almenarapress.com

Leiden, The Netherlands

ISBN 978-94-92260-25-3

Imagen de cubierta: Umberto Peña.

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

2009

MARZO

Donde estaba el parque Maceo. Un lugar en la Habana donde estaba el parque Maceo. También ahí estaba un colegio de monjas, llamado La Inmaculada Concepción.

Es de noche, quizás pueda haber un relampagueo. Hay una manifestación. Los que en ella desfilan son jóvenes gritones, pero no se oye el grito.

Yo estoy como metido en un saco, o como con temor, o dispuesto a huir.

Esa manifestación lo está invadiendo todo. Invadiendo al parque Maceo.

Puedo decir que se trata de la noche oscura. Y lo menos que puedo decir es que uno se siente rechazado.

Marta me acompaña. También ella trata de huir.

Una gran multitud, compuesta por jóvenes. Una multitud con jóvenes. Protestan. Gritan. Corren.

Protestan, gritan y corren, bajo la noche.

Pero se sabe que esa manifestación no llegará lejos, ya que está al borde de fracasar.

Estoy con Marta, pero en el último momento –o sea, cuando decidimos regresar, o escaparnos, o simplemente irnos–, Marta desaparece.

Marta ha desaparecido. Hay una cantidad enorme de gente.

Yo estoy en una esquina –la noche–, la gente rodeándome –la noche–, pero no veo a Marta por ninguna parte.

Y ha sido en el último momento. En el último momento cuando la he perdido.

Mi preocupación, lo vuelvo a decir, es ver cómo puedo salir del atolladero.

Salir, salir. Así mismo. Cómo salir.

Marta y yo hemos estado solos. Sin establecer relación con nadie, y con la multitud rodeándonos.

Orfeo temía perder a Eurídice. Ella, Eurídice, iría detrás de él, pero súbitamente la perdió de vista.

La multitud. ¿Yo me estoy disfrazando de Orfeo? ¿Querer disfrazarse de Orfeo no es caer en lo grotesco? Quizás sea muy grotesco pretender parecerse a Orfeo, pero como hay una gran multitud, y la noche es espesa, yo no puedo pensar en eso.

Gritos y gritos, además. Gritos silentes, los que salen de los jóvenes que participan en la manifestación.

Pero ¿es decente esta gritería? No, no importa si es, o si no es, decente esta gritería; lo único que importa es la posibilidad de seguir corriendo.

También puedo decir que se está como dentro de un gran remolino.

Y esa luz. Esa luz como antiquísima; esa luz, como un oro alquímico, tiñendo la noche bajo la cual está la multitud.

¿Una luz dentro de la noche?

Entonces recuerdo una luz de oro viejo, cayendo sobre el Ayuntamiento de Jagüey Grande, en una noche de mi niñez.

Pero no esa noche de mi infancia, sino esta noche de ahora, me da mucho miedo. Así como también me da miedo esa manifestación que ha acabado fracasando.

Yo, al final, no sé dónde meterme.

¿Un apéndice post-mortem a *El oficio de perder*, la autobiografía que ya escribí? O una construcción de la Isla de los Muertos. O un ritual para hervir el Agua Bendita. Esto dedicado a Beuys, y a su liebre.

En la Isla de los Muertos encontré, cuando la conocí, lo siguiente:

–lo amarillo y mi cuerpo: lo que experimenté cuando los cuatro *bypasses* que me hicieron, y de lo que dejé constancia en un texto que escribí;

–lo amarillo y la casa pintada por un loco: la casa que vi, pintada por un alienado, y que nunca he olvidado;

–el colchón sobre el solar yermo: esta experiencia alucinatoria, de la cual he hablado y hablado;

—la despedida del doctor Fantasma: ese personaje que conocí en Venezuela, y al que le dediqué un libro.

¿Y ahora, lograré que pueda caer otra capa, otra capa más definitiva, sobre la Isla de los Muertos? La capa en pura ruina de No-Ser.

También voy a construir una capa en este Diario, *Rabo de anti-nube*, que ya llevo tiempo escribiendo. El Diario, punto por punto de la Isla de los Muertos, tal como la va viviendo ese fantasma, Yo, que sueña un *home* para locos viejos, levantado en esta Playa Albina, el mismo lugar donde ahora, también, se levanta la Isla de los Muertos.

Esto, este diario, viene a ser la temperatura del Agua Bendita. Deberá ser un medidor. Un medidor implacable.

Pensaré en Beuys, y me plantearé dos cuestiones:

Cuestión Una. ¿Cómo explicarle las imágenes a la liebre muerta?;

Cuestión Dos. ¿Cuál es la diferencia entre la miel y el cristal, cuándo en bombín en la cabeza, cuándo la miel sobre la cabeza?

Por un momento, pienso en la *Carta de Astrología*, de Maimónides.

El envión, en cámara lenta, de un solterón cuyas piernas son retiradas del lugar gaseoso conque habían chocado, y esto para volver al lugar original, al lugar donde antes estaban, y que no es otro que el colchón de aquella viuda que supo usar, en 1920, un monóculo.

Por un momento, pienso en ese futurista del que se dice haber sido precursor de Cage: Luigi Russolo: *El arte de los ruidos*. Esto se relaciona con la temperatura del Agua Bendita.

Y el Murakami, el japonés de estos tiempos, tiene «un lugar secreto, profundo y oscuro, donde no se distingue lo real y lo fantástico. Tiene una puerta pesada que tengo que abrir y, cuando eso pasa, penetro y puedo ver un mundo donde puede pasar de todo. Algunos dicen que soy surrealista, pero no es eso, todo es mucho más real».

Entonces en el *home*, en el comedor del *home*, hay una computadora. En el Windows apunta un Epígrafe en gris. Un Epígrafe en gris desde el cual yo, que ahora sueño estar sentado en uno de los taburetes viejos del comedor, entiende que alguien, un Invisible, está anotando todo

lo que a uno se le puede ocurrir (y esto, pudiera tener relación con la temperatura del Agua Bendita).

Después... Otra ocurrencia... Una ocurrencia que se pega (?), o una ocurrencia que se deja (¿que se deja, digo?). Sí, lo que se deja, o como lo que se deja. Esperando, quizás, integrarse en otro párrafo. (Y esto que sueño que me acaba de suceder en el comedor del *home*, creo que tendrá que ver con la temperatura del Agua bendita.)

Pero, al final, me recreo, mirándome los pies, y soñando con una bañadera del tiempo de mi niñez (en algún momento, volveré sobre esto).

Pero, para seguir soñando, hay que imaginar algo semejante a esto: un mundo sartreano, donde se está dentro de un almacén. O sea, se trataría de un hombre sin patria. Un hombre sin patria que tiene sus cosas, pero al que no se le acaba de decir que esas cosas le serán dadas después, mucho más tarde.

Yo estoy, repito, soñando que estoy sentado en un taburete viejo, en el comedor del *home*.

Lo singular de otro sueño, consiste en que, sin ninguna retórica visual, se me muestra una situación a la cual se la califica como «curiosa distensión». Situación vivida, me dice el sueño, durante «dos o tres años», y por una gente muy distinta a la que yo, el soñador, he conocido. O sea, —también me dice el sueño—, que se trata de una situación imposible de ser vivida ni por mí, ni por aquellos que me rodean.

Pero lo más curioso, aquello en que hay que insistir más, es en esa «curiosa distensión», sin que haya ninguna retórica visual, en que nos insiste el sueño.

Y dándole vueltas, y dándole vueltas, al sueño, acabo pensando en la película que vi anoche, antes de que me acostara. Me pregunto: ¿qué fue lo que vi en la película, para que en sueño se planteara una «curiosa distensión»? Pero no, pero esto no lo puedo entender.

MAYO

Aturdido. De nuevo aturdido.

Acabo de llegar de Lanzarote.

Lo oscuro. Siempre lo oscuro. Siempre hay un túnel, destartalado, y cubierto por hojas secas.

La puerta vieja, destartalada. La puerta que, por estar cerrada, siempre impide la entrada.

Parece que habrán unos días de lluvia.

Yo sigo queriendo ser un gnóstico, pero no solo los cielos no se abren, sino que no tengo sabiduría.

Lo sombrío en los días grises, en los días de lluvia.

Boquete es la palabra que me viene a la mente.

Cómic. Solemnes los dos tigres verdes, se cuadran ante el viejo rojo que usa un bombín amarillo, y enarbola un telescopio carmelita. Acaban de aparecer, en la tierra verde, las cabezas moradas de unos bigotudos niños.

Este cuadrito del cómic, entrevisto, o soñado, o lo que sea, cuando ha acabado de llover en la tarde de domingo de este mayo que estoy diarreando, no deja de hacer bien.

Me caí, y ¡cuán largo fui en el suelo! Pero me levanté sin dificultad.
¿De qué manera, actualmente, estoy solo?

De nuevo vuelvo a esa casa que es mi Diario. Me acuerdo de mis *Rostros del reverso*.

Yo estoy solo, por supuesto, pero lo peor no es eso, lo peor es que me puedan estar faltando piezas.

Noche del 19 de mayo. Por la noche, la imaginación me finge una escena donde solo cuento con escasas piezas.

¿Qué puede ser esto que acabo de anotar?

¿O, qué es lo que puedo, en este momento cercano a las doce de la noche, ser?

Pienso que sería un consuelo pensar, de verdad, en los Invisibles. Pero, no me siento en condición. No estoy bien.

Apunto ahora, en este Diario, lo que, antes de que saliera de viaje, escribí en abril, en mi libretica de apuntes de sueños.

Apunto: dije que al despertar sentí, pero que no estaba seguro de lo que sentía.

Sentía, pero sin estar seguro si es que había visto hojitas, hojitas y más hojitas.

Hojitas, más hojitas, que podrían ser como una hilera fotográfica contenida en una pintura Pop.

Así que lo que había era un raro despertar, donde lo que había era solo la inseguridad sobre lo que pudiera haber sentido (?).

Raro, sí, raro. Raro, repito. Raro lo que sucedió en abril, antes de salir de viaje.

No sé, no supe.

Pero ¿no estoy hablando solo para mí mismo? Sí, lamentablemente, solo estoy hablando para mí mismo.

También, en otra nota de mi libreta de apuntes, escrita hace un tiempo, dije que, movido por descargas de energía azules y blancas –descargas semejantes al hielo–, el Soñador, dentro del sueño, se había levantado. También apunté el hecho de que hubo protestas, ya que el caballo se había salido del Hipódromo.

Como un viejo animal, anacrónicamente picassista, sentado sobre un también viejo, anacrónico, y destartado, dragón. Hay ruidos imposibles de oír. Ruidos pertenecientes a un, inencontrable, pasado (un pasado escondido en un baúl).

Hoy, 20 de mayo, también es un día lluvioso.

Cuando estoy solo, siempre los gestos de idiota, o los gestos de loco. Meter, mientras hago una mueca, la mano en el bolsillo.

Darme un puñetazo en el muslo.

Vuelvo a recordar aquellos sacos de azúcar que me inventaba en mi infancia. Era durante mis temporadas en el Central Australia, y la cosa consistía en fabricarme, haciendo con el dedo un cuadradito en la tela del pantalón, un saco de azúcar. Ya esto lo he contado infinidad de veces.

Un árbol pudiera ser un personaje. El personaje pudiera reducirse, hasta poder meterlo dentro de un minicuento. Y este día, lluvioso y gris, que es el día de hoy.

Y ¿en qué relato podría meterme yo?

Sé que puede haber capas, capas y capas que se pudieran narrar, pero no logro avanzar.

En el sueño estaba lo blancuzco espectral (fue el sueño que precedió al 20 de mayo): figuras afantasmadas: lejanas, y rodeadas por lo negro.

Ahí, en el sueño, se sentía un sabor un tanto lejano, un tanto sombrío, un tanto opaco. Pero, sabía que no podía alcanzar ninguna precisión.

¿Qué haría un pintor con una visión semejante a esta que tuve en el sueño?

Después, al despertarme, me asaltó lo borroso, blancuzco, de unas fotos; y también, de nuevo, me asaltaron figuras blancas, espectrales, y con un fondo negro.

Pero no fue esto solo, sino que también al despertarme, y asomarme por la ventana al día lluvioso, me sorprendieron fragmentos, y más fragmentos, de casi perdidos relatos.

Ser entonces, narrador de fantasmas, y hasta narrador de pedazos de fantasmas, y hasta narrador de los baúles que pertenecieron a los fantasmas. ¡Se quiere cosa más linda!

Noche, ¿cómo diríamos?, otra de estas noches de mayo, ¿cómo diríamos?, pescuezos mochos. Por decir algo. Un apagón de ceniza, por decir algo. Me voy a acostar, tengo los ojos congestionados, y las sombras doce de la noche. ¿Y si dijera que me entretengo con el tema de una Justicia que nunca existió? Retazos, retazos. Por ahora, antes de acostarme, la cosa solo consiste en retazos. Es una extraña fauna, pero totalmente apagada. Una fauna apagada puede tener un color lila, un color lila de cien años, o un color lila de más de cien años de existencia.

(Acabo de escribir lo anterior, y me digo que lo escrito corresponde a un Diario. Efectivamente, yo estoy escribiendo un Diario. Que no quepa duda de eso.)

Noche, apagón. Sobre todo, esta noche es un apagón. No sé cómo decirlo, pero es un apagón.

Hay que mantenerse dentro de una ininteligible reserva. Eso es.

Entonces, para seguir con este cuento del mes de mayo, es que voy con Marta. Ella, Marta, en el auto: acelera. Está oscuro, muy oscuro todo, aunque no se suponga que tenga que ser de noche.

No tiene por qué ser de noche.

Pero, entonces, ¿por qué todo está oscuro? ¿Por qué?

Pero hay otra cosa. Otra cosa es decir que, quizás, dentro del auto podría ser de día. ¡De día! ¿Y, entonces, habría colores? Pero, entonces, ¿cómo sería estar dentro de un auto que estaría corriendo y, además, lleno de colores? Pero ¿cómo puedo fingirme esto? ¿Cómo puedo, al inventarme este mes de mayo en que estoy?

¡Lleno de colores! Hacer algo conmigo mismo, hacer algo con la romería, si es que pudiera haber una romería.

Y, también en el sueño, esta noche de mayo me trae a esa figura que es Anacorena. El sueño, el sueño por antonomasia, que se vuelve sobre sí mismo. Es que al sueño lo dejo de soñar, y vuelve. Vuelve como si fuera el nombre de un Arquetipo. Pero ¿dónde sucede esto? Sucede en un palacio. Un palacio hundido entre palacios. Un palacio escondido dentro de un huevo. Un reguero, fílmico, de hojas fílmicas, sobre ese palacio. Un palacio que se esconde. Se esconde, se vuelve, dentro de sí mismo, a esconder. Y, no es, precisamente, un palacio de humo solidificado, pero sí surge, al pensar en él, un capricho, un capricho desde donde aparece la frase: *humo solidificado*. Por lo que, también, un palacio como dentro de una lámina. La lámina que pudiera estar registrada dentro de un cuadradito del cómic. Registrada, pues, con gruesos, sólidos trazos, allí donde se insinuara la posibilidad de una aventura. O sea, sin duda, esto no puede ser otra cosa que el palacio de Anacorena. No puede ser sino ese palacio. Pero, lo más interesante fue que, sin acabar de despertarme, estuvo la máquina que se construye o bien pensando, o bien soñando, o bien desdoblándose uno.

¡Desdoblándose, también, la máquina sobre sí misma!

Pues, acabé también por decirme: «Anacorena, sin duda, es el invento que se desdobra sobre sí mismo».

Aunque, eso sí, debo hacer constar que mucho trabajo me ha costado despertarme del todo. Efectivamente, para así poder anotar la frase dura y definitiva que tenía sobre Anacorena, me ha costado mucho trabajo despertarme.

Pues se trataba de un peso que me impedía.

¿Despertarme, para así poder dejar impresa, en la conciencia, la escultura? No, ya no sé lo que pudo ser.

No sé lo que pudo ser. No sé. O quizás que, segundos antes de que despertara, el sueño desplegó una escultura, ante mis mismos ojos de soñador. No sé.

Pero ¿cómo uno puede, a través de los sueños, construirse? ¿Cómo?

Los policías, en la pantalla del televisor, sacando sus pistolas. Qué bueno sería si, convencido de que a uno no le iba a pasar nada, uno se decidiera a meterse dentro de esa pantalla del televisor, y eso para así poder pasar, como en vacaciones, los días que faltan de este mes de mayo.

En la noche del 22 de mayo hubo un fondo gris, con rayas de un apagado rojo. Sentí, entonces, que con ese fondo gris podía sustentarme. Es decir, no necesitaba nada: ni argumento, ni personajes. Me bastaba, pues, con solo el gris de rayas rojas, pues sentía que eso pudiera centrarme, tal como si fuera una cueva que, a la vez, fuera una estructura.

«Habría que contemplar la propia vida como desde el centro de un sueño. Todo sería divertido», dijo Jules Renard, en su *Diario*. Así que desde el sueño contemplar la vida, me interesa mucho esa manera de ver.

En un sueño del 21 de mayo. Un perrito, manejado por medios eléctricos, es arrojado por unos muchachos en un Centro Comercial.

El perrito me ataca, pero yo, con un cartón, primero lo aparto, y después lo arrojo contra la pared. Y esto es como si formara parte de mi interior, como si formara parte de una cenestesia (o, también, pudiera ser como un sentimiento con color opaco que se hubiese apoderado de mí).

Entonces, lloviendo ahora, en esta mañana en que estoy contando lo que sucedió con el perrito. Pero lo muy curioso de todo esto son las vías, el rizoma, que se abre. ¿Qué quiero decir? Quiero decir que esta mañana de hoy, en que estoy escribiendo, se me convierte en rizoma, o sea, se me convierte en un despliegue horizontal donde la lluvia que está cayendo se enreda, se extiende, y no sé cuántas cosas más.

¡Se enreda, con ese perrito eléctrico, producto del sueño, a quien he lanzado contra la pared!

Pero ¿es solo esto?

No, no es solo esto: el rizoma se complica más y más, y esto para hacer posible que se entrevea la visión de lejanísimas capas de mi vida pasada, de capas ya casi enterradas.

Soy el muerto, el muerto que todos creen bien muerto; y, al instante de haber concebido al personaje que me dice estas palabras, este se me escapa por completo.

Cruzar una gran avenida, llena de lodo.

Autos y autos, el miedo a cruzar la calle, y también el miedo solo: ahora, con mis ochenta y dos años, me pregunto por las muchas capas que hay, por las capas de miedo.

Pero, de pronto, me acabo de mudar para La Habana. Mi padre acaba de salir electo Representante a la Cámara, y mi madre me está comprando *la ropa adecuada*. (¿Qué es lo que quiere decir el Sueño?)

¿Estaré abrumado por el pasado? ¿El pasado me habrá hecho trizas?

¿Quién soy yo?

¿Adónde me puedo buscar?

Y va a empezar a llover. Ya está tronando.

Acabo de hacer, para mejorar mi nariz, las inhalaciones de agua con sal. Siempre mi nariz tupida, tupidísima.

Las plantas en el patio, están como recién lavadas. Son las siete de la tarde, y hoy es sábado.

Me digo que tuve un último encuentro con el *Ánima*. (El *Ánima*, ya lo he dicho, fue la muchacha que conocí en el Instituto de Segunda Enseñanza, cuando yo era un adolescente.)

El encuentro es en una gran tienda. Una tienda llena de modelos.

Yo avanzo en la búsqueda. El *Ánima*, al final, siempre inencontrable.

Y me preocupa que ahora, viejos como estamos, nunca podremos llegar a vernos.

Hay otros viejos, otros viejos que se asoman. Viejos que también se ayudan. Así como todo gira, en la gran tienda.

Ahora que acabo de hacer las inhalaciones, siento que mi nariz está un poco menos tupida.

La visión de los árboles, de las flores, en el patio, como si viera la escena de una película casi olvidada.

Así que todo es raro. Todo tiene que ser raro. Todo es demasiado raro.

Y, como en otra escena, aparece un color frío. Hay un pedazo de un campo muy verde, donde unos niños rubios (¿unos niños azules?) rodean a unas vacas que participarán en un Campeonato. Y al principio, al principio me dice el Sueño que todo fue captado por una cámara.

Y es que yo, sin saber por qué, vuelvo a tardes de mi adolescencia. A tardes de una brillantez alucinante, donde todo, después de haber llovido mucho, quedaba extremadamente limpio, quedaba recién estrenado.

Paradoja: todo esto que estoy diciendo es tan real que, de inmediato, se me convierte en un paisaje absolutamente irreal.

¿Y esa agua con sal que, para destupirme la nariz, acabo de inhalar? (Algo también que decirme; algo que mi cuerpo tendría que decirme.)

Pero ¿qué experiencia –una experiencia que no sé bien en lo que pueda consistir– es esa por la que estoy pasando?

El agua con sal, en fin. Y también había sesiones de cine –cine de la década del cuarenta–, en aquellos días adolescentarios en que todo, después de la lluvia, se reestrenaba.

Una escena que me puede haber apasionado en aquellos años de mi adolescencia. Pero una escena que ya no puedo contarla, que ya no sé contarla.

Una escena, ya, demasiado lejana. Casi, casi, como si perteneciera a la muerte. No sé.

Muerte de José-Miguel Ullán, me entero por un email que me envía Manuel Ferro.

Intento escribir sobre un alguien que estaría y no estaría conmigo (el alguien en un lugar de conferencias, situado en una estación de trenes), pero que después, al desaparecer, me hace sentir en la Playa Albina, totalmente solo. También yo intento hablar, pero no puedo. También tomo conciencia de que el lugar de conferencias donde pudo estar el alguien, tendría que ver con Rimbaud. Pero, enseguida tomo conciencia de que estoy escribiendo boberías. Es por la mañana, y, en

realidad, no tengo nada que decir. Siento como si estuviera dentro de un vacío enorme. Pasa un auto por frente a mi casa.

También el relato podría ser sobre una cápsula (pero, si dije que estaba escribiendo boberías, ¿cómo es que vuelvo a escribir boberías?). Una cápsula muy pequeña, con colores oscuros: rojo y lila. Esto (¿la cápsula, o lo que estoy imaginando?), pudiera ser debido a un dentista, pero a un dentista interior (pero, ¿qué puede ser un dentista interior?).

Es como un balneario.

He dado la cajita para que me la guarden, pero estoy al tanto de que no se les vaya a olvidar devolvérmela.

Espero entonces a los que me acompañan, a los que tienen que ver con la cajita.

Y al margen está alguien, con un gesto muy desagradable.

(Y escribo esto, también dentro de una mañana con vacío enorme, y donde no hay nada que decir. Estoy dentro de mi cuarto, y estoy consciente de que hay un afuera, pero de un afuera que bien pudiera formar parte de otra dimensión. Sí, no hay duda, no tengo nada que decir.)

Y hubo un sueño, helo aquí. Me recogían para ir para La Habana, donde estaba mi padre gravísimo (esto fue en 1934, o en 1935), en una clínica. ¿Había una caja? ¿Todo era de madera?

A una prima le explicaba este sueño, pero se lo explicaba a través de una puerta bien, muy bien cerrada. No debía traspasar esa puerta.

Después aparecía Lourdes Gil, la poeta que hace años se peleó conmigo.

La vida era como un sueño. Algo así como los surrealistas. Pero había payasos que lo rodeaban a uno.

(Y la mañana, la mañana de este mes de mayo, como algo irreal, demasiado irreal. Estaba el sueño, sí, este sueño que acabo de contar, pero la mañana que me rodea es más irreal que el sueño. ¿Y no será que yo, debido a la vejez que tengo, pueda estar cubierto de nieve? Recuerdo lo que, en su *Diario*, dijo Jules Renard: «La vejez llega bruscamente como la nieve. Una mañana, al despertar, te das cuenta de que todo está blanco».)

Lo imagino expirando como si fuera un pez al que le faltara el agua. También lo imagino horizontal, totalmente horizontal. Sí, él está muy sombrío, como si estuviera bajo una amenaza. Pero esto no lo veo en la vigilia, sino en el sueño, lugar donde una orquesta ejecuta conciertos semanales. Unos extraños conciertos con una música como en sordina. Mi amigo no muestra ningún interés. Y, al despertarme, apunté estas líneas de escritura automática: Expiración. El pez que muere al faltarle el agua. Mi madre está en la botica. En la botica, todos los pomos tienen color de sótano.

Hay que evitar que Lezama engorde.

Hay como un gran carro de madera, donde se venden alimentos. Día lluvioso, truenos. Lo único que sucede en la Playa Albina son los días lluviosos, con sus truenos. Yo voy viviendo una vida casi idiota. Voy mezclando la realidad con el sueño, pero eso es igual a nada, eso no tiene ninguna importancia. Manos amarillas. Brasil. Apapipio, jeringa. Dispuesto a todo.

¿Sobré qué voy a escribir? Yo no sé sobre qué escribir. ¿Es que me siento deprimido? No lo sé.

Siesta. Dos individuos se meten en el jardín de la casa. También una cerca. Estropicios. Me quejo. Oigo, a lo lejos, la grosera *expresión* de uno de los individuos.

Entonces, sin que tenga gran interés, me salen estas líneas automáticas: Sabor de truenos. Lilas y patos. El cielo cayéndose sobre sí mismo. La lección gnóstica más difícil. Cuero de lluvia.

Al tomar conciencia, creo que pudiera entrar dentro de un hueco interior. Pero, inmediatamente, no sé lo que estoy diciendo.

¿Sobre qué pudiera escribir? ¿Pudiera escribir una novela? ¿Una novela...? ¡Coño!

Después de uno de esos ataques de hipoglucemia que me dan a mí, me complace inventar que Marta ha ido a la peluquería, donde un pequeño gato se ha ensañado con ella. Siguen los sudores producidos por la hipoglucemia, y el gato inventado se dispone a traspasar una tela

metálica, para así entrar en la casa. Pero yo cojo una escoba, y lo golpeo. Así que un extraño reguero de irrealidad lo invade todo.

Por fin, cuando ya se disuelven los sudores, leo esta polilla que me ofrece Olvido García Valdés: «diría: mira a tu espalda / por si pierdes pie / por si acaso».

Nunca está de mal, acudir a la poesía de Olvido.

Y siguen los sueños. Sueños y sueños:

En otro cuarto. Una cara es la de Judit, mi hija. La otra cara es la de mi madre. / Siento ruidos: la pesadilla está cerca. / Decidido a entrar en el cuarto, me enfrento con Judit: ella tiene la nostalgia de una antigua relación: la relación con un músico, exótico, que tocaba un instrumento muy raro. Se respira algo como draculesco.

Soy un ABALA, lo cual es el nombre familiar de alguien que está metido dentro de una pesadilla. La atmósfera recuerda a la telenovela.

Nena Carrasco, mi prima, con muleta, y en el Metro. / No se puede conseguir un tren. / Nena vuelve a ser lo que ella fue hace muchos años. / Pero todo está revuelto, todo está confuso, todo está revuelto con la mierda.

En una siesta, aparece un dedo podrido, echando pus.

Sigue la influencia de la tele. Estoy en un lugar feo, destartalado –aunque grande, me advierte el Sueño–, donde unos tipos, mezcla de narcotraficantes y de personajes de Jagüey Grande, me ofrecen ayuda. / Me siento en casa, pero desconfiado. / Pido un cuarto de baño, pero lo que me pueden ofrecer es un cuarto metido dentro de la pared. / No hay posibilidad de moverse. / Además, hay una puerta, pero la puerta es horrible.

Por error burocrático estoy en la cárcel, cumpliendo la condena que le correspondía a alguien que ya se murió. Las razones que me relacionan con ese muerto, aunque me las dice el Sueño, no las llego a comprender.

Tomo conciencia de que las mujeres tienen un cuerpo barroco.

Esperando a que me metan en la jaula. / Ayudé a un delincuente, a un italiano que, igual que yo, trabajaba en el Publix, en el supermercado. / Aunque siento miedo. Siento que debo enfrentarme con una experiencia. / ¿No será que una telenovela que estoy viendo, estará influyéndome?

Un hotel como circular. Se trata de salir de ese hotel, pero parece que hay dificultades para poder salir. / Mi prima Nena Carrasco en otro piso. Le da una sirimba. Esa sirimba se le puede curar con panes redondos. Mamá le traerá esos panes. Nena Carrasco ha caído, pero con los panes reaccionará. / Se trata de un sábado.

La puerta gris de una cerca. Me imagino los filos de dos cuchillos, coincidiendo. Me imagino la identificación de los dos cuchillos.

Hay un pasillo que conduce a la puerta de la cerca gris. Entonces, los dos bordes de los cuchillos, uniéndose.

(En un taller literario sobre lo onírico, insistiría en el costado como abstracto que pueden mostrar los sueños.)

La niña acostada en el campo de trigo, mirando para la casa.

A veces, en el momento del despertar, se siente como la presencia de lo abstracto.

¿Cómo vincular, en un minicuento, todo esto que acabo de decir?

Lo visual de la telenovela vista por la noche, antes de acostarnos a dormir. Es que después, en el sueño, aparece como un elemento constructor.

Suena el despertador y, al instante de despertar, el sueño proyecta, como última visión, a todos los minutos de mi vida en una pantalla de televisión identificada (pero ¿cómo puede ser eso?) con el día de mi nacimiento: el 12 de noviembre de 1926. Pero ¿esto es así? ¿No lo he inventado todo?

¿Podría escribir un relato confuso? Un relato confuso, algo así como si yo, dentro de un ascensor lleno de gente, pensara en la salida. ¿En la salida?, ¿en la salida de dónde?, ¿en la salida del ascensor, o en la salida

de mi vida, o en la salida de un ascensor que fuera la metáfora de la vida? Pero ¿qué tonterías estoy diciendo? ¿Es que no sé lo que voy a decir?

De pronto, pienso en lo que sea perder la identidad.

Pienso en lo forrado, en lo forrado con piezas confundidas. Pero ¿qué quiero decir con eso?

Aquella noche, hace ya muchos años, cuando ya era un cuarentón, salí de Cuba, y me metí en Madrid. Hace ya muchos años, fui a un baile, invitado por un santiaguero que era mi vecino de cuarto en el Colegio Universitario de la Moncloa. El santiaguero me presentó a una inglesa, bastante fría, para que fuera mi compañera de baile. Todo un burujón de piezas sin sentido.

Pues miro para atrás, y me veo como si hubiese sido un saco que, al sacudirlo, pudiera arrojar, tal como en un cómic, hierritos y hierritos. Solo hierritos.

Entonces ¿yo soy un saco que, al abrirlo y sacudirlo, solo arroja hierritos y hierritos? ¿Yo soy un saco lleno de absurdos?

Tuercas, tornillos, alambres, en fin, hierritos, que al caer al suelo hacen un ruidito. Puro cómic.

Son las doce de la noche, y oigo al perro de los vecinos, ladrando.

Aquella noche en Madrid, hace ya muchos años, repito, yo fui a un baile.

Yo ya tenía cuarenta y dos años, y yo acababa de salir de Cuba. Pero ¿es que siempre, yo, he sido un saco de absurdos? ¿Por qué, nunca, tuve la ocurrencia de suicidarme?

Inmensa nave, llena de albinos y de nicas.

Balcones llenos de gente. No sé cómo, ni por qué, tendré que buscar un taxi. Pero sí, claro, por supuesto, la razón de buscar un taxi, es porque tengo que salir de aquí.

Pero, hay que tener en cuenta que todos tienen caras de idiotas. Caras de idiotas, y el lugar adonde voy queda demasiado lejos del lugar donde estoy.

Me pregunto cuánto me podrá costar un taxi.

Y todo esto se parece a un *nonsense*. Un relato *nonsense*.

Pero, lo curioso del asunto es que, este relato *nonsense*, lo siento unido a este día de hoy, 25 de mayo, donde no hay sino unos muebles

de mimbre, y una conversación con mi amigo Carlos Eme, sobre su amistad con el pintor Jorge Camacho.

Pienso por pensar. La tarde de hoy húmeda, lluviosa, así que en los cementerios, bajo la tierra, los muertos estarán sentados en butacas de mimbre.

(Y, entonces, ¿este relato *nonsense* estará cubriendo ese otro relato: el oculto, pero que contiene estos días de mayo que, estoy viviendo, como sin vivir?)

Por un momento quedó como atragantado, como patidifuso, como qué se yo. Pensó, por un momento, que el único horizonte era, y sería, una piscina de mala muerte, donde los que parecía que habían invitado a tomar helados, no eran los que habían invitado a tomar helados.

Papeles sucios tirados por la acera.

Y un loco increíble se puso a decir sobre un cine al mediodía, lleno de gente. El loco terminó diciendo que él se había ido del cine, después de haber encontrado, en sus bolsillos, unos viejos rencores.

Hoy es un día de puro verano. Un día muerto.

Pero lo más absurdo sería que apareciera una ruleta. O que se apareciera el año 1939. Pues entonces se entraría en el esplendor, en un gran júbilo. ¿En un júbilo gris? No tiene sentido.

Y es que se lleva a los presos frente a un campo. Para ver lo que tienen que ver, solo se les permite un minuto. ¿Después todo se apaga?

Y es que hay que repetir, y repetir, que el día de hoy es insoportable. Uno no sabe por qué tiene que atravesar por días como el de hoy. ¿El color es blanco?

Y ahora no sé si me he puesto, o no me he puesto, la inyección de insulina que me corresponde por la mañana. ¿Qué haré? Temo inyectarme dos veces. Y hay un algodón sobre la mesa. Un algodón que no está mojado con alcohol, así que esto puede ser una indicación de que, efectivamente, se me olvidó inyectarme. Esto es la única pista que tengo. Todavía no ha pasado el camión de la basura. Ya sí, pasó uno, pues son dos camiones los que tienen que pasar, pero falta otro. ¿Qué más tendría que decir?